

Modernidad, sentimientos negativos *y conflicto social en Colombia*

Publicado originalmente en la revista número 46 de noviembre de 2002

Fernando Cruz Kronfly

(Colombia, 1943 - v.)

Abogado de la Universidad La Gran Colombia. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad La Gran Colombia. Profesor de la Universidad del Valle, la Universidad Santiago de Cali y la Universidad Libre. Jurado de diversos concursos literarios. Ha obtenido numerosas distinciones. Novelista, cuentista y ensayista, autor de varios libros y artículos.



Resumen introductorio

Este artículo pretende explorar cómo, además de los factores económicos, políticos y sociales tradicionalmente identificados como capaces de originar y exacerbar el conflicto social en el mundo moderno, existen otros generalmente no evidentes ni mucho menos reconocidos por la teoría en su importancia, salvo significativas excepciones. Se trata de los denominados sentimientos negativos que se asocian a la conducta humana, tales como la envidia, la ambición, el odio, la sed de venganza y el resentimiento, entre otros, que en el curso de la historia de ciertos pueblos y en determinadas circunstancias, han terminado imponiéndose a la dinámica social, descentrando el conflicto de sus fines “nobles” y ejes principales. Se trata de verdaderas dinámicas que, una vez puestas en marcha, toman el carácter de bola de nieve y terminan subyugando la lógica de la confrontación, determinando casi siempre la elección de los medios y de los instrumentos empleados por las partes comprometidas en ella, e imponiendo al proceso un fuerte tono de degradación y de inhumanidad.

Nadie ignora que los sentimientos que aquí denominamos negativos hacen parte del diario vivir de la gente en el mundo real. La envidia, la ambición, el odio, la sed de venganza y el resentimiento, constituyen estados espirituales humanos que la literatura ha destacado de manera magistral en sus mejores obras, cuando ha querido caracterizar en profundidad a muchos de sus personajes centrales y descifrar así el secreto de su verdadero mundo de fines y medio en la acción novelada. Además de los personajes “buenos”, la literatura está llena de perso-

najes que encarnan el “mal” y que resultan casi siempre mucho más interesantes que los otros, en términos de la complejidad de la condición humana que la literatura explora. Y aunque la ficción no es espejo mecánico de lo real, de todos modos lo reproduce a través de un artificio tan certero y minucioso que a veces pareciera obedecer a una necesidad esencial y universal de calco imaginario del mundo humano.

Sin embargo, hechizadas en la búsqueda de unas su-puestas “leyes” históricas de fondo, carentes de sujetos reales y concretos, atrapadas en la réplica de los prestigiosos paradigmas de las ciencias naturales, la Teoría Social y la Historia voltean a veces con demasiada frecuencia su espalda al arte, a sus recursos explorativos y a su capacidad de descenso a las motivaciones íntimas de la conducta real de los hombres, y de manera casi inexplicable dejan de lado lo que a otra mirada resultaría apenas obvio: que todos los actos humanos de la historia se encuentran atravesados de sentimientos positivos y negativos, por más racionales que parezcan sus motivaciones.

Por supuesto que sería necio invertir, sin más, el orden de importancia de las cosas para situar, sobre todo los sentimientos negativos, que son los que aquí interesan, en el reino privilegiado de las causas que antes ocupaban con legítimo derecho y no menor “estatus” lo económico, lo político y lo social. De hecho, estas causas gruesas parecen indestronables. Pero ocurre que, una vez puesta en marcha en la historia social concreta la dinámica de los sentimientos negativos, que es tan fácil de desatar, y no obstante el prestigio de las famosas “causas gruesas”, el proceso histórico termina descentrado, de hecho, de sus ejes nobles y altruistas y hasta de sus grandes y de confesables motivos, y deviene demasiado fácil prisionero de una lógica inhumana y degradada, imprevisible e incierta, caótica e inasible, algo que esos grandes ejes serían incapaces de explicar, de inhibir, mucho menos de encauzar. Los sentimientos negativos se adueñan así, efectivamente y casi de manera absoluta, de épocas enteras de la historia de ciertos pueblos en conflicto, como ha ocurrido en la Colombia

de la segunda mitad del siglo xx. Y no porque las causas económicas, políticas y sociales hayan desaparecido o perdido peso y significación, sino porque terminan degradadas, desplazadas y perturbadas por la dinámica de los sentimientos negativos, que se reproduce en la sociedad mucho más fácilmente de lo imaginado y termina apoderándose por completo de la situación. Desmontar esta dinámica desatada de los sentimientos negativos, en un mundo expectante de libertades e igualdades, donde reina la envidia comparativa como componente de la compleja subjetividad moderna, resulta ser una tarea que supera ampliamente el marco esquemático de las simples soluciones y diagnósticos económicos, políticos y sociales.

La envidia y demás sentimientos negativos, pues, no solo están presentes y actúan de manera efectiva en el tejido social, sino que aparecen definitivamente ligados al conflicto y al malestar político. La justicia social, cuando ocurre, podría tener como una de sus consecuencias, si bien no la eliminación definitiva de la envidia y demás sentimientos negativos, sí por lo menos la aminoración de sus efectos en el tejido social. Pero cuando la justicia social es precaria o inexistente y la sociedad se encuentra conformada por individuos que se sienten libres y reclaman ansiosos su igualdad, para no ser excluidos y evitar la marginalidad insultante de su dignidad, el conflicto social de naturaleza económica, política y social, resulta absolutamente sobrepasado por los sentimientos negativos, que terminan apoderándose de la lógica del mismo e imponiendo sus métodos de odio, resentimiento, envidia, sed de vergüenza, etc. Esta parece ser la situación en que ha caído Colombia durante la segunda mitad del siglo xx y comienzos del XXI.

Palabras clave

Colombia, conducta, conflicto social, envidia, ideario bolivariano, sentimientos negativos, tejido social.

De cómo la sola pobreza y la miseria no son suficientes

La sola pobreza, la miseria, la marginalidad excluyente y la aflicción que deriva de las necesidades insatisfechas, por extremas que ellas sean, no parecen suficientes para desencadenar, por sí mismas, la rebeldía y el conflicto social. Se sabe de pueblos que han vivido en absoluto estado de necesidad y abandono y, sin embargo, practican el autismo político, el desentendimiento absoluto, la resignación o el vivir por fuera de la envidia comparativa y la realidad mimética frente a la ostentación ajena.¹

Para que ocurra la rebeldía y se haga posible en la historia aquella mirada de los pobres de que habla Baudelaire en sus poemas en prosa,² aquel singular “juego de ojos”, es preciso que un sector de la sociedad o una generación hayan interiorizado y hecho suyas las ideas de la igualdad, la libertad y la justicia equitativa.

Solo estos ideales son capaces de conducir al sujeto a la exigencia de una vida como la de los “otros”, a la comparación social, al intento revolucionario de la igualdad mediante la eliminación de los privilegios. Solo estos ideales interiorizados pueden llevar al sujeto a preguntarse, de un modo que resulta absolutamente perturbador y ansioso: “¿Por qué razón otros viven mejor que yo, con qué derecho disfrutaban de una vida y de unas condiciones mejores que las mías?”.

Pero igualdad, libertad y más tarde equidad, no son en realidad fines en sí mismos, sino más bien representaciones mediáticas abstractas dotadas de especial poder movilizador, en cuanto ideas que sirven de puente para permitirnos alcanzar una mejor vida, camino de esa especie de “salida” o “solución final”³ al término

¹ Al respecto del concepto de la envidia como deseo mimético véase Girard (1995).

² Me refiero a los *Pequeños poemas en prosa* de Charles Baudelaire, especialmente el denominado “Ojos de pobres”, que tengo a mi lado en una edición a cargo de la editorial Sopena, de Buenos Aires, fechada el 28 de noviembre de 1941.

³ A propósito de este hechizo moderno, según el cual la humanidad cree avanzar hacia una salida o solución final y definitiva de sus penurias véase

de nuestro viaje por este valle de la barbarie y del sufrimiento moderno que, sin embargo, no cesan. Pero, aunque persistan la barbarie y el sufrimiento, la humanidad permanece atrapada en el hechizo del progreso, entendido como salida o solución final. Muy pocos aceptan para sus vidas la idea del eterno retorno, salvo los nihilistas; muy pocos piensan la historia como una espiral que regresa a puntos donde simplemente se reedita el pasado bajo otros ropajes, porque prefieren representársela como una línea siempre ascendente camino de la perfección y la liberación de sus precarias existencias. Es como si la idea sacra del viaje al cielo, en cuanto salida final liberadora luego de la muerte y el sufrimiento expiatorio, hubiera sido apenas sustituida por la idea laica de la liberación y la salvación en la tierra, mediante la ciencia, la técnica y la racionalidad productivo instrumental.

De la envidia en el mundo moderno

Ya entre ciudadanos civiles, iguales ante el derecho y ante la ley, lo que el otro tiene y disfruta, sea cosa, persona, posición o rango, no tarda en convertirse en algo que cualquier sujeto también tiene el derecho de desear para sí con ansiedad y, por qué no, casi con pulsión identitaria. ¿Quién soy yo, que no tengo ni disfruto lo que el vecino tiene? ¿Qué me impide ingresar a esa galería de la igualdad, qué me separa de ese disfrute? Y, puesto que no existen barreras “formales” de legitimidad ni bloqueos legales e institucionales, sino obstáculos reales y objetivos, tales como la pobreza, la marginalidad y exclusión, la dinámica del mundo moderno instala a los sujetos que capta para su racionalidad en el delirio de la “superación” ansiosa por la ruta de la igualdad social, lo sitúa para siempre en el terreno de la emulación comparativa, de la pulsión deseante de lo que los demás tienen. Se trata de la conversión del mundo material en objeto de deseo, ámbito indiscriminado abierto a la posesión que los sujetos modernos se representan como algo respecto de lo cual todos tienen derecho, como parte constitutiva de su dignidad.

Cacciari (1989, p.35 y ss).

Este es el origen profundamente humano de la envidia como deseo mimético e inconfesable, que ha devenido en componente esencial de la subjetividad moderna.

La envidia no es, pues, como se supone, apenas un defecto, una desviación del espíritu insatisfecho con lo que le ha tocado en suerte y que sufre al ver lo que los otros poseen y disfrutan, especie de sentimiento negativo que avergüenza, todo esto causado por una eventual baja del alma o por una suerte de perversión retorcida del sujeto que padece el tormento del bien ajeno. En efecto, así es vista en la clasificación de los estados afectivos de la humanidad. Pero, habida cuenta de todo lo anterior, la envidia es un sentimiento que no ha sido lo suficientemente valorado, en cuanto componente sustancial en el proceso de conformación de la subjetividad moderna, época histórica en que se ha potenciado, como era apenas de suponer. A pesar de este aporte constructivo a la personalidad moderna y a su identidad, que podríamos denominar positivo, lo cierto es que de la envidia ha predominado la idea negativa de ser una aflicción que por su naturaleza está llamada a padecerse en el secreto de la intimidad, donde perturba e inquieta el espíritu de manera aflictiva, motivo por el cual siempre ha sido considerada inconfesable y como algo de lo que el sujeto que la sufre debe curarse a solas.

La dimensión comparativa de los sujetos modernos, situados en un mismo pie de igualdad y libertad respecto de cosas, personas y posiciones en las redes del poder, el rango civil, la notoriedad y el “estatus” social en el tener, no puede sino generar conflicto perpetuo. La modernidad, al producir y prohijar el principio de individuación y autonomía del sujeto, al descentrarlo de la comunidad y confinarlo en su propia subjetividad activa, no podía esperar otra cosa. La ansiosa emulación, la insatisfacción permanente, el gusano de la envidia mimética del sujeto que a toda hora se compara con otros respecto de ciertos privilegios de los que él no goza, “vil” sentimiento humano tan espléndidamente tratado por Shakespeare, es ya el agujero trágico, el orificio por donde Fausto sopla lo más secreto de su

aliento moderno, componente inconsciente e inconfesable que domina parte sustancial de la racionalidad que le es propia al conflicto humano en Occidente, su más secreto tejido real.

Del mimetismo de la envidia y de otros sentimientos negativos

En las sociedades actuales, donde reina la exclusión, pero donde al mismo tiempo los sujetos actores han conseguido interiorizar y hacer suyos los ideales modernos de la igualdad y la libertad, el conflicto social suele expresarse al mismo tiempo como un conflicto político, nucleado alrededor de ideales “superiores” y “nobles” por los cuales se lucha y que obran como racionalizaciones colectivas o motivos altruistas durante el desarrollo del mismo. Pero muy pocos advierten que en dichos ideales “superiores” y “nobles”, de ropaje altruista, que detrás de dichas racionalizaciones colectivas suelen mimetizarse no solo la envidia sino otros fuertes sentimientos negativos. En efecto, allí encuentra la envidia su mejor forma de ocultamiento mimético su más eficaz disfraz. Pero casi nadie reconoce que del otro lado del ocultamiento mimético de la envidia, hierven además los sentimientos del odio, del resentimiento, la rabia, conexos a ella. A todo lo cual suele sumarse la sed de venganza y la pulsión de reparación, cuando el sujeto moderno excluido y expulsado de hecho de la igualdad, la libertad y la equidad, se representa su situación de exclusión y marginalidad como una afrenta, como un insulto a su dignidad. Si esto es cierto, el conflicto moderno derivado de la exclusión, la marginalidad insultante y la pobreza degradante e inhumana, toma una profundidad subjetiva que muy pocos reconocen como lucha de retaliación y de venganza, una hondura psíquica insospechada, a pesar de que tienda a racionalizarse en términos de protesta política altruista. Aquí se hace presente, de nuevo, la ambivalencia de los sentimientos y la ambigüedad de la vida. Pero, aun así, la envidia debe seguir siendo eufemísticamente disimulada, negada permanentemente en su doméstica e individual dimensión. Porque en nuestra tradición cultural suele ser visto como un mejor sentimiento la rabia, incluso la sed de venganza que la envidia.

De los sentimientos negativos y de su peso en la dinámica social

Este entramado de sentimientos y componentes psíquicos negativos resulta ser, precisamente, aquello que desliza el conflicto social hacia la inhumanidad de sus métodos, hacia la barbarie y hacia su degradación. La sola lucha por la igualdad y la libertad, como banderas nobles y altruistas de los pobres y excluidos por mejorar su condición, nunca sería capaz de empujar el conflicto social, por sí misma, hacia la degradación de sus métodos, tal como ocurre en la actual Colombia. La rabia, el resentimiento, el odio, la sed de venganza y la envidia de los de abajo suelen ser considerados como sentimientos innobles y, por lo tanto, inconfesables. Deben, por lo tanto, ser callados, silenciados. Pero siempre están presentes y obran desde la sombra. Lo mismo ocurre con dichos sentimientos cuando, a lo largo del conflicto social y según las heridas recibidas, terminan por impregnar el estado de ánimo de los de arriba. Los de arriba no tienen motivos para sentir envidia de los de abajo, pero sí sienten odio, resentimiento, rabia, deseos de venganza por sus acciones perturbadoras de un orden y de una paz que ellos quieren imponer según sus intereses. Este feroz choque de sentimientos suele desplazar de su eje el conflicto social y apoderarse de su lógica. Entonces el conflicto ya no será político “puro”, derivado de causas sociales y económicas, como suele pensárselo, sino un conflicto humanamente degradado por la superposición y dominio hegemónico de los sentimientos mimetizados, inconfesados, inconfesables que han entrado en choque. ¿Quién, de un lado o del otro, o del más allá, se atreve a confesar en Colombia que el conflicto social está dominado y enredado en los sentimientos de la rabia, la envidia, el resentimiento, la sed de venganza y de reparación? ¿Y, si esto es así, cómo regresar el conflicto al terreno de la política y de las causas confesables, cuando existe ya mismo en acción un buen surtido de causas inconfesables producto de las mutuas heridas derivadas del conflicto mismo y de su degradación a lo largo de su historia?

Del conflicto social y el ideario bolivariano

América Latina es, entonces, heredera parcial y atípica de la mentalidad moderna, sobre todo a raíz y a partir de los procesos emancipatorios ocurridos durante el siglo XIX. De manera un poco más particular, Colombia es un país donde uno podría estar tentado a concluir que los ideales de la igualdad y la libertad justicialistas, propios del ideario bolivariano, en cuanto representaciones para alcanzar un mejor vivir prometido en las campañas libertadoras, dejaron hechizado y en estado de deuda a nuestro pueblo desde los tiempos de la independencia. Constituye casi un misterio indescifrable y un imposible teórico intentar siquiera imaginar lo que aquellas mentes religiosas, mágicas y míticas populares de los tiempos de Bolívar en Colombia, sintieron y se representaron en su imaginario personal cuando escucharon gritar el catecismo revolucionario que en Francia había ideado la guillotina y en América estaba desencadenando la sublevación general. Aquel pueblo debió haber quedado literalmente hechizado, perturbado. Pero ocurre que este hechizo no fue ni ha sido exorcizado por ninguna revolución verdadera, por ningún cambio sustancial, sino, por el contrario, frustrado y sacrificado de magnicidio en magnicidio (Uribe, Gaitán, Galán, para solo mencionar los símbolos políticos más representativos del cambio). Esta especie de hechizo decimonónico ha quedado permanentemente burlado, aplazado, reprimido y satanizado. Y quienes han sufrido esta burla histórica han quedado en estado de odio, en estado de deuda pendiente, en situación de envidia y resentimiento, en actitud de venganza reparadora. Pero, como es casi imposible y hasta políticamente “indebido” reconocer que de esto se trata, en muy buen parte, es preciso mimetizar estos sentimientos bajo un ropaje de valores políticos positivos. Sin embargo, a nadie se oculta que la carga de sentimientos negativos en el conflicto colombiano, de lado y lado, resulta atroz. Y son esos sentimientos negativos los que, desde la sombra e incluso desde la inconsciencia, se ha apoderado de la lógica del proceso y lo han descentrado de su eje principal.

Pese a todo lo anterior, fue Bolívar quien primero hizo entre nosotros estas promesas en el siglo XIX, y quien primero recurrió a la guerra para que se cumplieran realmente. Pero todo esto quedó pendiente de su realización en el imaginario colectivo. Las “formas” jurídicas y políticas del ideario libertario e igualitario, el himno, los sueños populares, todo quedó impregnado de Bolívar, pero la sociedad real caminó en sentido inverso a estos ideales, hacia el escamoteo de lo sustancial, hacia la preservación de los privilegios, la exclusión y la permanencia histórica de lo que debió haber sido borrado. El ideario de la Revolución Francesa, que encarnaban Bolívar y los otros líderes latinoamericanos, dejó hechizado al pueblo y en estado de deuda todo su sueño, que ha derivado en pesadilla. Veamos lo que dice a este respecto el escritor mexicano Carlos Fuentes (1993):

Las revoluciones fueron animadas por un fervor libertario. Una vez más, el caso argentino nos ofrece el mejor ejemplo. El fogoso y fanático jacobino porteño, Juan José Castelli, propagó las ideas de la ilustración francesa en Alto Perú, predicando el evangelio de Rousseau y de Voltaire a los indios quechuas y aymará, suprimiendo, por la fuerza, los tributos impuestos al indio y distribuyendo tierras, prometiendo escuelas e igualdad. Todo ello vendría automáticamente como resultado de una revolución permanente. “Levantaos —dijo Castelli a las masas indias— todo ha terminado. Ahora somos iguales” (p. 277).

¿Qué grado de perturbación ocurrió en aquellas mentes, incluidas las del actual territorio colombiano, al escuchar este tipo de promesas?

Cuando las exigencias de libertad y de igualdad sociales no son siquiera medianamente satisfechas, sino que se postergan, se ahogan, se engañan sistemáticamente a quienes las hacen, se criminaliza a quienes las formulan, en fin, se las escamotea con cinismo y violencia, la polarización se profundiza. Y la envidia moderna de los sujetos asumidos en los ideales de la igualdad, la libertad y la equidad, es respondida con otra peor.

El mundo moderno aspira a la igualdad entre los hombres y tiende instintivamente a ver las diferencias, aunque no tengan nada que ver con el estatuto económico o social de los individuos, como otros tantos obstáculos a la armonía entre los hombres (Martin, 1946, p. 57).

Ese parece ser el camino que hemos recorrido y que nos ha conducido al túnel en el que estamos. Y la responsabilidad central de este recorrido y del atolladero sin salida en que nos encontramos la tienen las élites, en cuanto se han empeñado en aplazar y escamotear, de la manera más torpe y miope, cualquier tipo de reforma democrática que permita la realización, así sea parcial pero con un mínimo de contenido real, los ideales modernos incrustados en la masa popular desde los tiempos de la independencia. Tiene mucho más responsabilidad ideológica y política Bolívar que Marx, contrariamente a lo que se supone, en el incendio y en el conflicto social que atraviesa nuestro país. Ese Bolívar de las estatuas, esa especie de alacrán invisible que las élites idolatran sin tener mayor conciencia de su altísima “peligrosidad” simbólica, es el ídolo popular vivo más fuerte y su ideario, en estado de hechizo pendiente y larvado, es la base ideológica de la protesta y la rebelión actuales. En todas las expresiones de la violencia armada nacional, la figura de Bolívar ha estado decisivamente presente. Ese Bolívar es, ante todo, la representación de la modernidad dieciochesca, de la insurrección jacobina.

En una investigación adelantada en Colombia por el profesor Enrique Ogliastri, de la Universidad de los Andes, se hizo evidente y se documentó gran parte de lo anteriormente planteado. En efecto, la investigación, de la que tuve conocimiento apenas tangencial (revista *Summa*, marzo de 1998) pero cuyos resultados se pueden consultar, demostró que de sesenta países del mundo estudiados como muestra representativa de la población de países existentes, Colombia ocupó el primer lugar desde el punto de vista de la exigencia de igualdad social. Pero este primer lugar, este insospechado campeonato en términos de exigencia

popular de igualdad, rasgo inequívocamente moderno que envidiaría Francia, apareció enfrentado a otro campeonato: Colombia estaba en el grupo de los diez países del mundo donde reinaba la mayor desigualdad en cuanto a la distribución del poder social y el dominio excluyente de la élite. Cuando en un mismo país se juntan una demanda de igualdad, que es la primera en el mundo, con una de las diez élites más inflexibles del mundo, se torna perfectamente explicable el alcance, así como la profundidad trágica del conflicto que vivimos. Y se entiende, de paso, la vigencia simbólica de Bolívar, en épocas que combinan, de manera trágica, la validez histórica del ideario moderno con la barbarie de los medios y métodos. Al parecer, pues, no hemos podido salir, todavía, del Pantano de Vargas.

Santiago de Cali, abril de 2002

Referencias

Baudelaire, Ch. (1941). *Pequeños poemas en prosa*. Buenos Aires: Sopena.

Cacciari, M. (1989). *Hombres póstumos*. Barcelona: Península.

Fuentes, C. (1993). *El espejo enterrado*. México: Fondo de Cultura Económica.

Girard, R. (1995). *Shakespeare: los fuegos de la envidia*. Barcelona: Anagrama.

Martin, A. (1946). *Sociología del Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.